

El negro: mi problema, nuestro problema

Por Norman PODHORETZ

Si nosotros y... Me refiero a los blancos y a los negros relativamente conscientes, que deben, como amantes, insistir sobre la conciencia de los otros... si ahora no vacilamos en nuestra tarea, podremos ser capaces, aun siendo un puñado, de terminar con la pesadilla racial y conquistar nuestro país y transformar la historia del mundo.

—JAMES BALDWIN

Durante mi niñez (que transcurrió en los treintas, en lo que hoy llamaríamos un vecindario integrado de Brooklyn), dos ideas me confundían profundamente. Una de ellas era que todos los judíos eran ricos; la otra que a todos los negros se les perseguía. Estas nociones habían aparecido en letra de imprenta; por tanto, debían ser verdaderas. Mi propia experiencia y la evidencia de mis sentidos, me informaban de su falsedad, aunque por otra parte me confirmaron lo que un muchacho iluso de las provincias —porque los barrios de las clases bajas neoyorquinas pertenecen tan de seguro a los provincias como cualquier poblado rural de Dakota del Norte— descubre muy pronto: su experiencia es irreal y no es muy de fiar la evidencia de sus sentidos. Sin embargo, incluso un muchacho con una cabeza habitada por fantasías que provienen de una síntesis incongruente de películas de Hollywood y novelas inglesas, no puede desmentir por completo la realidad de su propia experiencia, sobre todo cuando esa experiencia padece tantas privaciones. Ni puede contradecir en forma total la evidencia de sus propios sentidos, especialmente cuando esa evidencia ha surgido de la repetición de los golpes y de los robos y del odio y de verse reducida al terror y a la humillación.

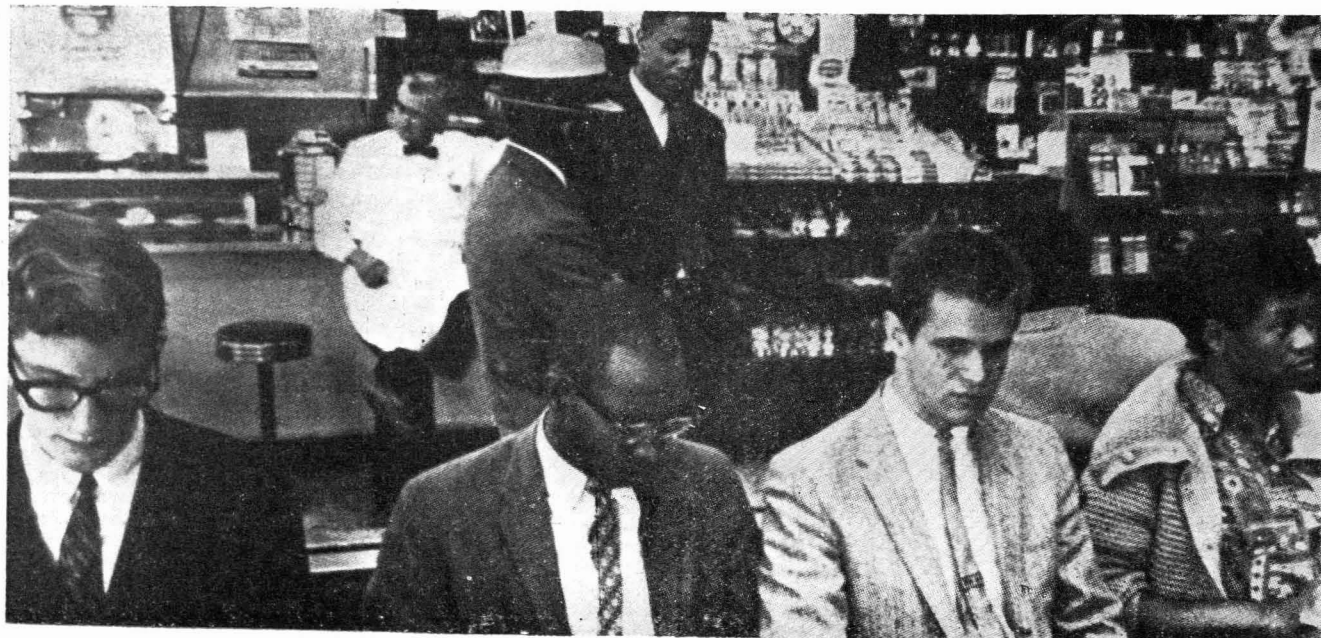
Por eso, durante largo tiempo acepté la doble confusión de suponer que los judíos eran ricos aun cuando los únicos que yo conocía eran muy pobres y de pensar que los negros eran perseguidos, aun siendo ellos quienes practicaban la única persecución de que yo tenía noticia, y la practicaban, más aún, conmigo. Recuerdo mi asombro en los primeros años de la guerra al oír a mi hermana mayor —quien había ingresado en una organización juvenil de extrema izquierda— denunciar con pasión la tesis de mi padre de que los judíos eran peores que los negros. A mí, a los doce años de edad, me parecía muy claro que los negros eran mejores que los judíos, en rigor mejores que todos los blancos. En tres o cuatro conceptos cerrados está contenido el mundo de un muchacho de la ciudad y en mi mundo eran los blancos, los italianos y los judíos quienes temían a los negros y no a la inversa. Los negros eran más resistentes, más despiadados que nosotros y por regla general, atletas supe-

riores. ¿Qué podía significar entonces el hablar de su deplorable estado y de nuestra mayor fortuna? Con todo, como la imprenta, las opiniones de mi hermana eran sagradas y le creí cuando me informó de las fuerzas económicas y de la explotación. Le creí, pero aún temía y odiaba de todo corazón a los negros.

Pero, como lo afirman los primeros recuerdos de mi infancia, no siempre había sido así. ¿Cuándo se iniciaron este miedo y este odio? En el jardín de niños de la escuela pública local, por la conformación del vecindario, al menos la mitad de los niños deben de haber sido negros. Y sin embargo, no recuerdo haber tenido a esa edad conciencia de las barreras de color y observo que mis propios hijos no le atribuyen ninguna significación a tales diferencias, incluso ahora que empiezan a advertirlas. Pienso que hubo un día —¿primer año?, ¿segundo año?— en que Carl, mi mejor amigo, me golpeó cuando regresábamos de la escuela y me dijo que ya nunca más jugaría conmigo, porque yo había matado a Jesús. Corrí a casa y llorando le pedí a mi madre una explicación; ella me suplicó que no le prestara ninguna atención a semejantes tonterías, y entonces en yiddish maldijo a los *goyim* y a los *schwartzes*, los *schwartzes* y los *goyim*. Se reveló que Carl era un *schwartz* y así se añadió una tercera categoría a las que dividían misteriosamente a las personas.

A veces me pregunto si este recuerdo es verdadero. Posee una viveza llamante, pero quizá nunca ocurrió: ¿Se puede en realidad volver a los seis años de edad? Con todo, sobre las épocas que siguieron no me aflige ninguna incertidumbre. A duras penas nos hablábamos Carl y yo, aunque nos encontrábamos a diario en la escuela y aunque fuimos compañeros hasta el octavo o noveno grado. Habría momentos embarazosos al advertir él mi mirada o al capturar yo la suya, porque sea lo que fuese aquello que motivó nuestra mutua atracción cuando pequeños, permaneció vivo a pesar de la fantástica muralla de hostilidad que, de repente y como surgiendo de ninguna parte, se había levantado entre nosotros. Pero ya la amistad era imposible e incluso de ser posible, habría sido inconcebible. A ese respecto, no había ya nada que se pudiese hacer cuando teníamos ocho años de edad.

Item: Al derribarse el orfanatorio que está en el otro lado de la calle, un almacén se empieza a edificar en su lugar y en el maravilloso lote vacío junto al viejo orfelinato se está construyendo un campo deportivo. A medida que se acerca el Día de



"no integración, sino fusión"

* Este ensayo apareció originalmente en la revista *Commentary*.

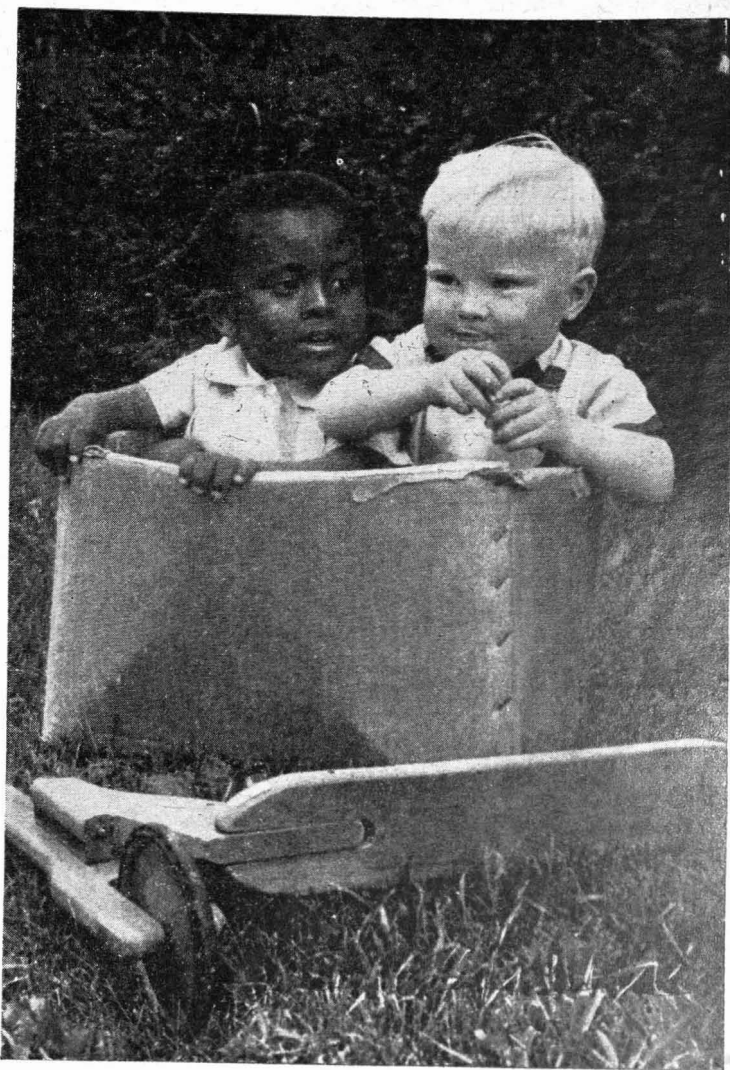
la inauguración, la gente se anticipa y se excita. El alcalde La Guardia en persona, viene a dedicar este gran gesto de benevolencia pública. Habla del sentido de buena vecindad y de pedir prestadas tazas de azúcar y dice que en el campo deportivo niños de todas las razas, colores y credos aprenderán a convivir en armonía. Una semana después, algunos de nosotros estamos jugando informalmente en el inadecuado pequeño campo de beisbol. Por el otro extremo, hace su aparición una pandilla de muchachos negros, casi todos de nuestra edad, quienes nos ordenan abandonar el parque. Con orgullo, con indignación, con soberbio fervor masculino, nos rehusamos. Se produce una pelea, ellos ganan y nos retiramos entre sollozos y desafíos. Es mi primera nauseabunda experiencia de la cobardía. Y mi primera comprobación asombrosa de que hay en el mundo quienes parecen no tenerle miedo a nada, quienes actúan como si no tuvieran nada que perder. De allí en adelante, el campo deportivo se convierte en el sitio de la batalla, algunas veces silencioso, otras el escenario de competencias atléticas entre Ellos y Nosotros. Aunque las piedras se arrojaban con tanta frecuencia como las pelotas. En forma gradual abandonamos el lugar y lo reemplazamos con las calles: son más seguras, aunque no lo admitamos en nuestro fuero interno. Después de todo, no somos "mariquitas" (*sissies*), el epíteto más espantoso de una niñez norteamericana.

Item: Estoy sentado solo, frente al edificio donde vivo. Ya es tarde y está oscureciendo. Ese día en la escuela el maestro le preguntó a un insolente muchacho negro llamado Quentin algo que éste fue incapaz de responder. Como de costumbre yo había alzado mi mano con diligencia ("¡Sé un buen niño, consíguelas buenas calificaciones, muéstrate astuto, asiste a la Universidad, recíbete de doctor!") y al hacer explosión en mis labios la respuesta adecuada, el profesor me señaló amorosamente como un ejemplo para la clase. Vi endurecerse el rostro de Quentin —un rostro de conformación muy oriental, muy oscuro, muy cruel— y vi en sus ojos la amenaza suficiente para hacerme correr todo el viaje de regreso a casa por miedo a que él me pudiera atrapar.

Ahora, sentado ociosamente frente a mi propia casa, lo miro aproximarse acompañado por su hermano pequeño, quien lleva un bat y que enseña una mueca de maliciosa expectación. Me siento atrapado como en una pandilla. Los alrededores son seguros y familiares pero el terror se presenta de súbito y no hay nadie a mi lado para auxiliarme. Estoy como encadenado. No gritaré o escaparé como un mariquita y allí permaneceré con el corazón que palpita salvajemente y la garganta obstruida. Él se acercará, proferirá la exclamación habitual ("¡Oye, judío hijo de...!") y para mi sorpresa solamente me empujará. Es un empujón violento pero no un puñetazo. Es posible que todavía pueda echarme para atrás sin perder mi dignidad por entero. Es posible que pueda decir: "Oye Quentin, vamos, por qué tenemos que *hacer eso*. Yo no te hice nada", y alejarme con la suficiente lentitud. En vez de eso, antes de que me pueda detener, lo empujo como gesto de prueba y afirmo: "Termina con esto. No quiero pelear. No haré nada porque peleemos". Mientras doy vuelta para entrar al edificio, apreso con el rabillo del ojo el movimiento del bat que le ha cedido su hermano pequeño. Intento evitar el golpe, pero el bat hace surgir en mi cabeza luces multicolores.

Cuando vuelvo en mí, se encuentran a mi lado, histéricas, mi madre y mi hermana. Mi hermana —quien después iba a incorporarse a la organización juvenil "progresista"— grita en demanda de la policía y aulla imprecaciones contra esos negros bastardos, sucios y pequeños. Me conducen hasta mi cuarto, viene el doctor, viene la policía. Les digo que el muchacho que me atacó era un extraño y que había intentado robarme. No me creen, pero estoy demasiado asustado para darles el nombre de Quentin. Al regresar unos días después a la escuela, Quentin evita mi mirada. Sabe que no lo he delatado y siente vergüenza. Deseo mostrarme orgulloso, pero sé en mi corazón que a mi silencio lo impulsó no el código de la calle, sino el miedo a lo que sus amigos pudieran hacerme.

Item: Hay un encuentro atlético en donde participan todos los alumnos de mi escuela. Yo estoy en una de las clases experimentales del séptimo grado, y ahora la "segregación" se ha instalado vengativamente. En los últimos tres o cuatro años de la escuela primaria, cada grado se había dividido en tres clases de acuerdo con la "inteligencia". (En los primeros años las divisiones fueron o bien arbitrarias o bien nosotros no las reconocíamos como teniendo que ver con la capacidad mental.) Estas divisiones, producto de pruebas de inteligencia o arregladas según el capricho, han concluido con un predominio de los



"que desaparezca de hecho el color"

judíos en la primera clase y un correspondiente predominio de los negros en la tercera clase, con los italianos divididos en forma desigual a lo largo de la escala. Unos cuantos negros por lo menos han participado siempre en la primera clase, como también siempre han estado unos cuantos niños judíos en la tercera clase y algunos más en la segunda (donde dominan los italianos). Pero en mi clase, de "avance rápido" como la califican, los judíos se encuentran en abrumadora mayoría, y todos somos blancos, salvo una tímida y solitaria niña negra de piel clara y cabello rojizo.

El encuentro atlético se efectúa en un estadio oficial lejos de la escuela. Es un acontecimiento importante al cual se consagra todo un día. Los ganadores obtendrán esas preciosas medallitas con un sello —el emblema de Nueva York— que se puede atornillar al cinturón y que señala a quien lo porta como un personaje distinguido. Soy un corredor veloz y así se me designa como el encargado del relevo final en la carrera de equipos. Participan otros tres grupos del séptimo grado, dos de ellos integrados sólo por negros, como el nuestro únicamente es de blancos. Uno de los equipos negros es de muchachos muy altos: el del relevo final que espera silencioso en la línea parece mayor que yo y no lo reconozco. Es el primero en tomar la estafeta y cruza caminando la línea final. Nuestro equipo llega en segundo término, pero minutos después se nos declara vencedores, porque se ha descubierto que el encargado del último relevo en el equipo vencedor, no es un miembro de la clase. Se nos premia con las medallas y al día siguiente nuestra maestra pronuncia un discurso y nos informa de cuán orgullosa se siente de nosotros, porque somos atletas superiores en la misma medida en que somos estudiantes superiores. Queremos pensar que el elogio es merecido, pero sabemos que no podríamos haber ganado de no hacer trampa el otro equipo.

Esa tarde, en el camino hacia mi casa, cinco jóvenes negros me acechan y rodean. Uno de ellos es mi contrincante del grupo descalificado. Gruñe: "Dame mi medalla, judío hijo de..." No la tengo conmigo y se lo digo. "De cualquier modo no es tuya", advierto lentamente. Me llama mentiroso por partida doble y me arroja contra la pared en donde jugamos pelota a veces. "Dame mi medalla, judío hijo de...", repite. Le vuelvo a decir que la dejé en casa. "Registremos a este pequeño judío hijo de...", sugiere uno de ellos. "Probablemente la tenga escondida en sus pantalones de judío hijo de..." Ya no puedo

dominar mi pánico (cuántas veces había sido rodeado como ahora y se me había dicho en tonos suaves: "préstame un níquel, muchacho"). Cuántas veces se me había llamado mentiroso por alegar pobreza y se me había empujado o registrado o golpeado a menos que hubiera en la pandilla de merodeadores alguno como Carl que, a través de la enorme división del odio, simpatizaba conmigo y que podría decir por lo tanto: "Ah, vamos, busquemos algún otro; *este muchacho no trae dinero consigo*"). Les grito enturbiado por lágrimas de rabia y autoconmiseración: "Alejen de mí sus sucias asquerosas perras manos negras. Les juro que llamaré a la policía". Eso es lo que necesitaban oír para abalanzarse. Me golpean profusamente, sobre todo en el estómago y en los brazos y en los hombros, y cuando varios hombres que haraganeaban por la dulcería calle abajo advierten lo que sucede y empiezan a gritar, ellos corren y se dispersan.

No les conté a mis padres lo sucedido. Mis compañeros de equipo también fueron asaltados, cada uno por una pandilla a la que guiaba su competidor en el equipo descalificado. A ellos sí les arrebataron sus medallas pero tampoco se quejaron. Durante varios días caminé hacia mi casa con terror, esperando ser capturado de nuevo, pero nada ocurrió. La medalla fue escondida en una gaveta y nunca más se la usó con orgullo.

Como es obvio, experiencias semejantes siempre han sido un rasgo distintivo de la vida de la niñez en las clases trabajadoras y en los barrios de inmigrantes, y los negros no figuran en ellas por necesidad. Como sea y en las combinaciones que sean, niños de grupos diferentes que viven juntos en las ciudades, han estado en guerra, han golpeado y han sido golpeados, irlandeses contra judíos, contra alemanes, contra puertorriqueños, contra polacos. Y aun en áreas relativamente homogéneas el pleito de los jóvenes se ha mantenido: una calle contra otra, una pandilla (llamada en mi época, en un esfuerzo patético de gentileza, un CAS o Club Atlético Social) contra otra. Pero el conflicto entre negros y blancos tuvo —y sin duda aún tiene— una intensidad especial y la ferocidad con que se le condujo no tiene parangón con las batallas intramuros de los blancos.

En mi propio barrio existía una fuerte animosidad entre los muchachos italianos (la mayoría de padres sicilianos) y los judíos (que provenían de familias de Europa Oriental). Sin embargo todos tenían amigos, en ocasiones amigos íntimos, en el otro "campo" y con frecuencia se producían visitas recíprocas en esas casas de olor extraño, o por comida o por vasos de leche o, algunas veces, por un acontecimiento especial como una boda o un velorio. Si nos dividíamos en facciones guerrilleras y peleábamos, sólo la mitad de nuestro corazón se empeñaba en la lucha y pronto remendábamos las discrepancias. Para ser exactos, nuestros padres nada tenían que ver unos con otros y se eran mutuamente hostiles y sospechosos. Pero nosotros, los muchachos que hablábamos en nuestras casas yiddish o italiano, pertenecíamos a los Estados Unidos o a Nueva York o a Brooklyn; compartíamos una cultura, la cultura de la calle, que, al menos por un momento, demostró ser más poderosa que las culturas antagónicas del hogar.

¿Por qué, *por qué* había sido todo tan diferente entre los negros y nosotros? ¿Cómo surgió tan temprano entre nosotros, fuésemos blancos o negros, la certeza de que éramos enemigos más allá de cualquier posible reconciliación? ¿Por qué nos odiábamos así?

Supongo que de intentarlo, podría responder a esas interrogantes en forma más o menos adecuada y con la perspectiva de lo que he aprendido desde entonces. Podría escribir sobre James Baldwin —¿qué mejor testigo se conoce?—, describir la sensación de entrapamiento que envenena el alma del negro y que se manifiesta en odio hacia el blanco, a quien sabe su carcelero. Por otro lado, si quisiera entender cuánto odia el blanco al negro, podría invocar a los psicólogos que han hablado de la culpa que los norteamericanos blancos experimentan frente a los negros y que se transforma en odio por la negativa de reconocerse ellos mismos como culpables. Hay respuestas plausibles que ciertamente contienen parte de la verdad. Sin embargo, cuando evoco mi propia experiencia del problema negro y considero cuál puede ser la experiencia que de mí tengan los negros, me aflijo y me confundo, como cuando creía de niño que todos los judíos eran ricos y que a todos los negros se les perseguía. ¿Cómo podían los negros en mi vecindario haber considerado como carceleros a los blancos del otro lado de la calle, a los blancos que estaban a la vuelta de la esquina? En conjunto, los blancos no eran tan pobres como los negros, pero bastante pobres como sea, y además, eran los años de la Depresión. Y en lo que se refiere al odio del blanco por el negro, ¿cómo podía participar en esto el sentimiento

de culpa? ¿Qué responsabilidad tenían en la esclavización del negro los inmigrantes italianos y los judíos? ¿Cuál era la intervención de esta gente también oprimida, que a duras penas y sacrificándose enormemente se ganaba la vida, en la explotación del negro?

No, no puedo creer que entonces, allí en Brooklyn, nos odiásemos mutuamente porque ellos nos concibieran como carceleros y nosotros experimentásemos la culpa. Pero, ¿importa eso, puesto que todos nos confrontábamos, aunque careciésemos de representación? Pienso que importa de una manera profunda porque si nos tomábamos el trabajo de odiarnos con tal eficacia unos a otros, sin beneficiarios con los auxiliares del odio que se encuentran (supuestamente y en donde quiera) en la misma raíz de esta locura, eso debía significar que aún no hay un entendimiento profundo de la insensatez. Lejos de mí el pretender que la entiendo, pero insisto en que ninguna visión del problema empezará a acercarse a la verdad a menos de que pueda servir también para un caso como el que he intentado describir. ¿Están a nuestro alcance los elementos para un punto de vista semejante?

Creo que poseemos dos de ellos al menos. Uno es una idea que descubrimos con frecuencia en la obra de James Baldwin, y el otro es una noción concomitante que siempre ponen de relieve los psicólogos que han estudiado los mecanismos del prejuicio. Baldwin afirma que una de las razones por las cuales el negro odia al blanco es la negativa del blanco a *mirarlo*: sabe que ante los ojos del blanco todos los negros son iguales; carecen de rostro y por tanto no son enteramente humanos. A su vez, los psicólogos nos informan que el blanco odia al negro por su tendencia a proyectar sus impulsos salvajes internos en grupos extraños, ajenos, a los cuales castiga con su menosprecio. Lo que Baldwin *no* nos dice, sin embargo, es que el principio del despojo de rostros es un arma de dos filos y que puede funcionar sin dificultad en ambas direcciones. Así, en Brooklyn, *yo* carecía de rostro ante los ojos de los negros y a la inversa, y si ellos me odiaban porque yo nunca los miraba, yo también debo haberlos odiado porque nunca *me* miraban. Para los negros, mi piel blanca bastaba para definirme como el enemigo, y en una guerra no es la persona, es el uniforme lo que cuenta.

Y lo mismo sucede con el mecanismo de proyección al que se refieren los psicólogos: trabaja al mismo tiempo en ambas direcciones. Es evidente que los psicólogos tienen razón al considerar lo que el negro representa simbólicamente para el blanco. Para mí, de niño, la vida que se manifestaba del otro lado del campo de juegos me parecía la encarnación misma de los valores de la calle: libre, independiente, temeraria, valiente, masculina, erótica. Puse hasta el final la palabra "erótica", aunque por lo común se destaca por encima de todas las demás, porque de hecho vino al último, en importancia y en el nivel de mi conciencia. Lo que me interesaba primordialmente de los niños negros de mi edad es que eran "malos muchachos". Había un número muy vasto de malos muchachos entre los blancos —después de todo, éste era un vecindario en donde el crimen tenía una gran tradición como carrera abierta a los talentos aspirantes—, pero los negros eran *realmente* malos, de un modo que nos incitaba y que nos hacía sentir inadecuados. *Nosotros* íbamos todos los días a la casa para almorzar espinacas y papas; *ellos* vagaban durante la hora del almuerzo, mascando energicamente barras de caramelo. En el invierno *nosotros* usábamos sombreros de lana picante y guantes y enfadosos zapatones; *ellos* eran desafiantes y se quedaban siempre fuera (¿para realizar qué cosas deliciosas?), siempre provocaban disturbios en las clases y en los corredores, siempre se les enviaba con el director y volvían inmutables. Pero, y esto es lo más importante de todo, ellos eran *duros*; duros en una forma hermosa y envidiable; a ellos ni nada ni nadie les importaba en lo absoluto. Al diablo con el profesor, con el vigilante escolar, con el policía; al diablo con todo el mundo adulto que *nos* tiene en un puño, y contra el cual nunca tuvimos el valor de rebelarnos excepto de un modo esporádico y mezquino.

Esto es lo que yo vi y envidié y temí en el negro: esto es lo que finalmente le hizo perder su rostro ante mí, aunque por supuesto una parte de ese rostro estaba allí en realidad. (Los psicólogos también nos explicaban que el grupo extraño que se convierte en el objeto de una proyección intentará responder tratando de ajustar su conducta a lo que se espera de ellos.) Pero, ¿qué cosa, por su parte, vio el negro en mí, por qué mi rostro dejó de existir para él? ¿Envidiaba él mis almuerzos de papas y espinacas y mis gorras de lana picante y mi conducta prudente ante la autoridad, como yo envidiaba sus barras de caramelo al mediodía y su cabeza desnuda en el invierno y su magnífica rebeldía? ¿Le indicaban esos almuerzos y

esas gorras la perspectiva de poder y riquezas en el futuro? ¿Les otorgaba el significado de posibilidades abiertas para mí, que a él le eran negadas? No era difícil que así fuese. Pero si así era, uno también supone que él temía sus impulsos íntimos de sumisión a la autoridad, de la misma poderosa manera en que yo temía mis impulsos internos de desafío. Si él me representaba como carcelero, no era porque yo lo subyugara o lo oprimiera; era porque yo simbolizaba para él la tentación peligrosa y probablemente inútil que le haría caer en una represión mayor, del mismo modo en que él simbolizaba para mí el también peligroso estirón hacia una libertad más grande. A mí en lo personal se me llegaría a recompensar por esta represión con una vida nueva mejor, pero cuántos de mis amigos no pagaron un precio aún más alto y solamente les fue ofrecido el rencor en recompensa.

Conocemos, por la autoridad de James Baldwin, el hecho de que todos los negros odian a los blancos. Estoy intentando sugerir que a su vez todos los blancos —todos los norteamericanos blancos— tienen sentimientos enfermizos para con los negros. Son negros, sin duda alguna, quienes dirían que Baldwin está equivocado, pero sospecho que son mucho menos honrados que él, así como también malicio un auto-engaño en los blancos que me advierten que carecen de sentimientos especiales hacia los negros. Los sentimientos especiales sobre el color son un contagio al cual parecen susceptibles los norteamericanos blancos, aun cuando no haya nada en su *background* que favorezca la susceptibilidad. Así, si atendemos el proceso actual del Norte, encontraremos en todas partes el fenómeno curioso de liberales blancos de la clase media que no tenían una experiencia previa, personal de los negros —gente para la cual los negros siempre han carecido de un rostro virtuoso, más que carecer de rostro vicioso, y que descubren que su compromiso abstracto con la causa de los derechos negros no resiste la prueba de una confrontación directa. Encontramos a esta gente que huye por manadas a los suburbios cuando crece la población negra en la ciudad; y cuando permanecen en la ciudad los

hallamos enviando a sus hijos a escuelas privadas y no a las escuelas públicas “integradas” del vecindario. Los vemos al resistir la exigencia de que los distritos escolares divididos con arbitrariedad se vuelvan a escindir con el propósito de vencer a la segregación *de facto*; los observamos cuando reflexionan juiciosamente sobre si los negros (por su propio bien, desde luego) no están quizás empujando demasiado fuerte; los contemplamos cuando cloquean al referirse a la militancia negra; los descubrimos al especular sobre el problema de si no habrá algo de cierto, después de todo, en la teoría de las diferencias biológicas de las razas; los advertimos cuando dicen que les llevará a los negros un tiempo muy considerable alcanzar la igualdad plena, sin importar lo que cada uno haga; los encontramos al deplorar el auge del nacionalismo negro y al expresar la esperanza solemne de que los líderes de la comunidad negra descubrirán los medios para contener la violencia incipiente y la impaciencia dentro de los *ghettos* de color.

Pero ésta no es, de ningún modo, toda la historia; hay que considerar también el fenómeno que Kenneth Rexroth calificó en una ocasión como “crow-jimismo”. Son los jóvenes blancos arruinados como Vivaldo Moore en *Another Country*, la novela de Baldwin, que acuden a Harlem en busca de sexo o simplemente para refrescarse en el contacto de algo que parece como vitalidad primitiva, y quienes con tanta frecuencia son castigados por los negros a causa de crímenes que hubieran sido los últimos en cometer y de los cuales ellos mismos han resultado víctimas tan contritas como cualquiera de los negros que los expulsan de su lado. Están los escritores y los intelectuales y los artistas que ven a los negros con romanticismo y los encubren con celestinaje, asumiendo una culpa que no es en rigor la suya. Y están todos los liberales blancos que permiten el chantaje de los negros al adoptar un doble modelo de juicio moral, y que se prestan ellos mismos —al asumir de nuevo la responsabilidad por crímenes que nunca cometieron— a la explotación despectiva y marrullera por parte de los negros a quienes emplean o con quienes tratan de amistar.

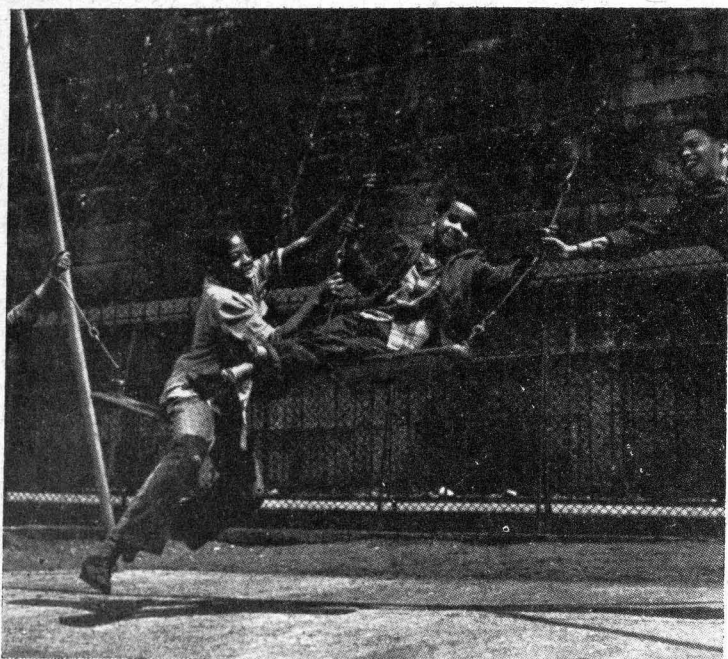
¿Y qué de mí? ¿Cuáles son mis actuales sentimientos hacia los negros? ¿Qué me sucede a mí, nacido en Brooklyn, que crecí en el temor y en la envidia y en el odio para con los negros? Ahora que Brooklyn está a mis espaldas, ¿aún les temo y los odio? La respuesta es sí, pero no con las mismas proporciones y ciertamente no del mismo modo. Hoy vivo en la parte superior del lado oeste de Manhattan, donde también viven muchos negros y muchos puertorriqueños, y en algunas noches vuelvo a experimentar la vieja aprensión, y hay calles que evito al caminar en la oscuridad, como había calles que evité siendo un niño. Encuentro que no tengo miedo de los puertorriqueños, pero no puedo reprimir mi nerviosismo cuando paso junto a un grupo de negros que se encuentran frente a un bar o que vagan por el barrio. Ahora sé, como no lo supe cuando niño, que el poder está de mi lado, que la policía está trabajando para mí y no para ellos. Y al saber esto me siento avergonzado y culpable, como el buen liberal en que me he convertido. Y con todo, no se pueden negar las punzadas de miedo y el resentimiento y la autoconmiseración que ellos provocan.

¿Pero la envidia? ¿Por qué la envidia? ¿Y el odio? ¿Por qué el odio? Aquí de nuevo han disminuido las intensidades y todo se ha complicado y se califica por las culpas y los agravios excesivos que son la herencia del mundo ilustrado de la clase media al que ahora pertenezco. De la misma manera en que envidié a los negros cuando niño por lo que me parecía su masculinidad superior, hoy los envidio en atención a su belleza y gracia física superiores. He llegado a ponderar en grado sumo la gracia física, y ya soy capaz de sufrir un mal continuo cuando observo a una pareja negra en el salón de baile o a un negro que juega beisbol o basquetbol. Se encuentran en tal avenimiento con sus propios cuerpos, que a mí, que desearía compartir ese convenio, me resultan bienaventurados por esa cualidad extraordinaria.

El odio que aún experimento por los negros es el más duro de todos los sentimientos que uno debe admitir o enfrentar, y es el más oculto y el más oscurecido por las actitudes conscientes a los que yo me he sometido con éxito. Ya no tiene, como tuvo una vez para mí, ninguna causa o justificación (excepto, quizás, que se me niega de continuo mi merecimiento a una expresión honrada de las cosas; esas cosas que, por derecho ganado, siento desde niño). ¿Cómo entonces me doy cuenta que este odio nunca ha desaparecido por completo? Lo sé por la rabia insana que puede perturbarme al pensar en el antisemitismo negro; lo sé por la sensualidad repugnante que puede agitarme al mirar una pareja “integrada”; y lo sé por la violencia que puede conmoverme cada vez que me encuentro frente a esa forma especial de susceptibilidad para-



“asolados por una venganza”



"eran duros en una forma hermosa y envidiable"

noide hacia la que se encuentra tan predispuerto un muy vasto número de negros.

Aquí, entonces, es donde me encuentro; no sé exactamente dónde pienso que están todos los otros liberales blancos; pero de cualquier modo no puedo hallarme muy lejos de ellos. Y es gracias a mi convicción de que nosotros los norteamericanos blancos tenemos —por las razones que sean: eso ya no importa— unos sentimientos tan retorcidos y enfermizos hacia los negros, que yo desespero del impulso presente hacia la integración. Si en esto no interviniese la marcha del progreso, no habría quizás motivo para desesperar: el tiempo y la ley e inclusive la situación política internacional están del lado de los negros y en última instancia y, por ende, la victoria —en cierto modo, como sea— deberá sobrevenir. Pero algo hemos aprendido de los observadores que tenemos la obligación de conocer, y es que la marcha se ha convertido para los negros en algo tan importante como la substancia. Exigen igualdad y la quieren *ahora*, y el mundo blanco está cediendo a sus exigencias sólo en la medida y con la rapidez a que se ve absolutamente compelido. Los negros saben esto de la manera más concreta que es dable imaginar, y así es cada día más difícil librarse de ellos con retórica y promesas y seguridades piadosas de ayuda. Por ello, dentro de la comunidad negra, se encuentran ahora con mayor frecuencia, más y más personas que declaran —como Harold R. Isaacs estableció en un artículo en *Commentary*— que ellos necesitan *salir*: gente que afirma que nunca se producirá la integración, o que tomará cien o mil años en realizarse, o que se dará a cambio de un precio demasiado alto en sufrimiento y en luchas, que no compensará, por lo que pueda entregar en su mejor momento, la pálida y pesada vida de la clase media norteamericana.

El movimiento más numeroso, influyente y peligroso que ha surgido de la desesperación negra en su afán de integración es, por supuesto, el de los *Black Muslims*, los Musulmanes Negros. A este movimiento, al margen de lo que podamos decir de él, se le debe dar crédito por un logro perdurable: inspiró a James Baldwin para escribir un ensayo que merece situarse entre los clásicos de nuestra lengua. Todo lo que Baldwin ha intentado comunicarnos está quintaesenciado en *The Fire Next Time*: una declaración de magnificencia profética y de sobrecogedora capacidad persuasiva. El mensaje de Baldwin es y siempre ha sido simple. Es éste: "El color no es una realidad humana o personal; es una realidad política." Y la exigencia de Baldwin es también simple: el color debe olvidarse para que no seamos asolados por una venganza, "que en realidad no depende, y en verdad no puede ser ejecutada por ninguna persona u organización, y que no puede ser prevenida por ningún ejército o fuerza policial: venganza histórica, venganza cósmica fundamentada en la ley que reconocemos al decir: *Todo lo que asciende debe descender*". Baldwin pinta a los *Black Muslims* como una señal y una advertencia para el intransigente mundo blanco. Vienen para proclamar la profundidad y los puntos del desamor negro hacia el mundo blanco, y Baldwin afirma que ningún negro norteamericano puede dejar de responder, en algún lugar de su ser, a este mensaje: que el hombre blanco es el demonio, que Alá lo ha condenado a la destrucción y que el negro recibirá la tierra por heredad.

Por supuesto, Baldwin sabe que esta pesadilla invertida del racismo que el negro ha padecido, no puede triunfar y ni siquiera puede indicar el lugar en donde se deba situar a la victoria. Porque desde su punto de vista, la ubicación de la victoria está exactamente en la dirección opuesta: en la actitud de trascender el color a través del amor.

Sin embargo, el hecho trágico es que el amor no es la respuesta al odio: no en el mundo de la política, como quiera que sea. El color es en verdad una realidad política más que personal o humana y si la política (lo que equivale a decir el poder) lo ha convertido en una realidad humana y personal, entonces sólo la política (lo que equivale a decir el poder) puede destruirlo de nuevo. Pero el camino de la política es lento y amargo, y como la impaciencia de los negros se aparea con el ambiente de palabrería de los blancos, hemos sido llevados casi al borde de una explosión y la sangre puede aún correr en las calles.

¿No encontrará nunca un sitio para descansar esta locura que nos atrapa a todos? ¿Nunca habrá un fin para esto? Al pensar en los judíos me he preguntado con frecuencia si su supervivencia como un grupo distinto valía siquiera un pelo de la cabeza de un solo niño. ¿Debían sobrevivir los judíos para que seis millones de inocentes fueran un día quemados en los hornos de Auschwitz? Es una pregunta terrible y nadie, ni Dios mismo, podría resolverla a mi entera satisfacción. Y cuando pienso en los negros en Estados Unidos y en la imagen de la integración como un estado en el cual el negro tomaría su debido lugar como otra de las minorías protegidas en una sociedad pluralista, me pregunto si ellos creen en verdad en sus corazones que se pueda lograr realmente un estado así, y si es así, desearía saber *por qué* desean sobrevivir como un grupo distinto. Creo entender por qué los judíos quisieron sobrevivir en una ocasión (aunque mi certidumbre es mayor, sobre el por qué aún queremos hacerlo); no sólo tenían la certeza de que Dios no les concedía otra elección, sino que estaban vinculados a un recuerdo de glorias pasadas y a un sueño de redención inminente. ¿Qué tiene el negro norteamericano que pueda responder a esto? Su pasado es un estigma, su color es un estigma y su visión del porvenir es la esperanza de desvanecer el estigma, al hacer el color irrelevante, al hacerlo desaparecer como un hecho de la conciencia.

Comparto esta esperanza, pero no veo cómo podrá realizarse, a menos que el color de *hecho* desaparezca: y eso no significa integración, quiere decir asimilación, significa —dejemos que aparezcan las palabras brutales— mezcla de razas. Los *Black Muslims*, como sus contrapartes racistas en el mundo blanco, acusan a "los llamados líderes negros" de perseguir en secreto y como un fin la mezcla de razas. Los racistas están equivocados, pero desearía que estuvieran en lo justo, porque creo que la gran fusión de las dos razas es la alternativa más deseable para todos los afectados. No proclamo que esta alternativa pueda ser perseguida programáticamente o que sea una solución factible de inmediato; resulta obvio que se levantan ante ella barreras mayores que las que surgen frente a la integración. Lo que digo, sin embargo, es que en mi opinión no hay otra forma de resolver el problema negro en este país.

He contado aquí la historia de mis retorcidos sentimientos hacia los negros, y cómo entraron en conflicto con las convicciones morales que he desarrollado desde entonces, y lo hice para afirmar que tales sentimientos deben reconocerse con la mayor honestidad posible para que puedan manejarse, y en última instancia desconocerse en favor de las convicciones. Está mal que un hombre sufra a causa del color de su piel. Ante esa proposición, ante ese lugar común del pensamiento liberal, ¿qué argumento puede enfrentarse y ser respetado? Si los argumentos pertenecen al sentimiento, se les debe obligar a ceder, y nuestra propia alma no es el peor sitio para iniciar el trabajo de una enorme transformación social. No hace mucho, había una pregunta usual para los liberales blancos: ¿Te gustaría que tu hermana se casara con uno de ellos? Cuando yo era niño y mi hermana era soltera todavía, ciertamente habría respondido con un *no*. Pero ahora soy un hombre, mi hermana ya está casada y tengo hijas. Si hoy me preguntaran si me gustaría ver a una hija mía "casar con uno de ellos", tendría que responder: "No, no me gustaría en lo absoluto. Me quejaría y me enfurecería y gritaría y me mesaría el cabello. Y entonces espero que tendría el valor de maldecirme a mí mismo por enfurecerme y gritar y le daría a ella mi bendición. ¿Cómo me atrevería a impedirlo a instancias del niño que fui y en contra del hombre que ahora tengo el deber de ser?"

—Traducción de Carlos Monsiváis